

198.

El manto de la emperatriz Josefina

UN INCIDENTE DE LA
CORONACIÓN DE NAPOLEÓN

Masson; el historiador de las intimidades y de las glorias del primer imperio, acaba de publicar una nueva obra en la que da curiosos pormenores acerca de cómo una cuestión de mantos y de colas estuvo á punto de deslucir, ó mejor dicho, de poner en ridículo la consagración de Napoleón como emperador, la ceremonia culminante de la historia de Bonaparte.

Era Napoleón hombre teatral en extremo y gran creyente en el efecto de las ceremonias deslumbrantes sobre el ánimo de las muchedumbres. De su consagración, ó coronación, quiso hacer una solemnidad magnífica, tal como desde hacía siglos no la hubieran visto los franceses, y que por su esplendor eclipsara la fama de las consagraciones de los antiguos reyes.

Todo se dispuso con gran cuidado para ello, y á fin de evitar el peligro de que el efecto fallara por algún incidente imprevisto, el emperador llegó hasta el punto de hacer ensayos de la ceremonia, ni más ni menos que como si fuese una comedia, y de representar á puerta cerrada, tomando parte en los ensayos él y la emperatriz en persona.

Pero todo estuvo á punto de estrellarse por la cuestión de mantos y colas á que nos hemos referido. Para dar mayor lucimiento al acto quiso Napoleón que la cola del manto de Josefina, fuese llevada por las princesas de la sangre, cuñadas de la emperatriz. Subleváronse éstas sintiendo herido su orgullo en lo más vivo, pues consideraban á Josefina como una advenediza. En vano trató Napoleón de suavizar aquellas resistencias, las princesas seguían obstinadas en negarse á lo que ellas estimaban como una humillación pública. Los halagos del soberano no conseguían nada,

y entonces Napoleón, poco dado á los temperamentos de templanza y á la galantería hacia las mujeres, rompió por todo y empleó la amenaza. Hizo saber á las rebeldes princesas que no se sometían á su mandato y llevaban la cola de la emperatriz, ó las desterraba en el acto, privándolas á ellas y á sus maridos de rentas y honores.

Era sitiadas por el hambre y las princesas no tuvieron más remedio que acceder, aunque muy de mala gana, con grandes protestas y con secretas ausias y aun proyectos de ruidosas venganzas.

Llegó el día de la coronación. Josefina tan minuciosa en su coquetería, que necesitaba horas enteras para arreglarse los pliegues del traje, se hizo esperar, lo cual puso de humor pésimo á Napoleón.

Presentóse por fin magníficamente ataviada y llevando puesto el famoso manto de la coronación, que era de terciopelo; medía mas de veinte metros de largo y estaba recamado con bordados de oro y forrado con pieles de armiño, por valor de ciento tres mil francos. El manto no iba sujeto á los hombros, sino sólo al izquierdo, y sostenido por un broche á la cintura, con objeto de que dejara descubiertos el pecho y el tallo. Su peso era enorme y las princesas tenían encargo de sostenerlo en el aire todo lo mas posible, y no limitarse al papel decorativo de hacer como que lo llevaban.

Entonces se vió la mala gana con que habían obedecido al emperador.

Josefina, á quien las princesas dejaron que llevara casi por completo el enorme peso del manto, no podía con él y avanzaba rígida por el esfuerzo y con la poca gracia que es de suponer en quien tiene que llevar á rastras un peso superior á sus fuerzas. Logró llegar en esta disposición hasta el sitio que la estaba designado. Pero cuando sobrevino el momento mas solemne de la ceremonia: el de la entronización, y tuvo que subir la escalinata que conducía al trono, las princesas la dejaron sola, fuese intencio-

nadamente para vengarse de ella, o fuese que creían que ellas no podían subir a la plataforma del trono. Entonces se vió que Josefina, después de subir trabajosamente los cinco primeros peldaños, vacilaba y estuvo a punto de caer de espaldas arrastrada por el manto.

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió evitar aquella catástrofe ridícula, y después de unos momentos de estar parada pudo continuar subiendo.

La cara de Napoleón durante aquellos instantes no es para descrita.

Pero lo mejor es que a él también le sucedió lo propio: lo mismo que Josefina, vaciló en medio de la escalinata y se le vió hacer un ligero movimiento hacia atrás, como si fuese a caer: con un vigoroso movimiento hacia adelante, logró tirar del manto y subir hasta el trono.

Aquello salvó a las princesas.

Luego fué cuando, puesta la mano sobre los Evangelios, pronunció en voz tan alta, que resonó en todos los ámbitos de la iglesia, su famoso juramento de triunfador revolucionario.

"Et Aliarum"

Col. de la Parde

Com. 25 de junio 1908.

x x x

x Pensamiento.

Si comprendes aspiras

Las ciencias de las puras realidades,

Hallarás que de todas las verdades

La mitad por lo menos son mentiras

Campaner x

Literatura

BESO DE MADRE.

POR FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

Roberto había caminado mucho aquel día. Los enormes zapatos se habían gastado inodidamente! Nadie le había dado un mendrugo de pan. Sentado, desfallecido, en la piedra que servía de base a la cruz de una sepultura del camino, y esperó.

Pasó un guerrero, Roberto le dijo:

—“¡Una limosna, señor!”

El guerrero giró una hoja de su corona de laurel y se la arrojó al sombrero.

—“Véndela, di que ha pertenecido a un héroe”.—

Roberto calló.

Pasó una dama de traje regio.

—“¡Por piedad, señora!”.....

La dama le dió un pañuelo de finísimo encaje, perfumado con fragante esencia.

—“Regala, niño, ese pañuelo a uno de mis admiradores y tendrás la suerte hecha. Roberto bajó la cabeza.

Lentamente pasó una anciana.

—Favor, buena mujer, que...!

La anciana se inclinó y tomando al niño, casi en sus débiles brazos, juntó sus marchitos labios con los de Roberto.

Toma este beso, lo único que puedo darte, desventurada criatura: no lo vendas ni lo des; pues es el beso de una madre.

Roberto arrojó muy lejos la hoja de laurel, estrujó el pañuelo; y sonriendo angelicalmente se quedó dormido!

"La Nueva Era" Cayam.
15 julio - 1908